

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

2, 9, 16 y 23 de junio de 2019

MD 2019 / 08

¿SALMONES?

Id, convertid, bautizad. Son las palabras que Jesús dirige a sus discípulos antes de subir al cielo, al final del evangelio según san Mateo. Un texto que contemplamos en la solemnidad de la Ascensión del Señor y que es la llamada a la misión que Jesús pide a sus discípulos y a todos y cada uno de los bautizados. Con el don del Espíritu Santo, cuya fiesta celebramos principalmente en Pentecostés, tenemos el impulso y la gracia necesaria que Dios nos comunica para llevar a cabo esta misión de ir por todo el mundo —en el núcleo reducido de nuestro barrio, de nuestro pueblo, de nuestra ciudad, más aún, de nuestra propia familia, de los ámbitos de trabajo o de estudio en los que nos movemos—. Así pues, en primer lugar, ir.

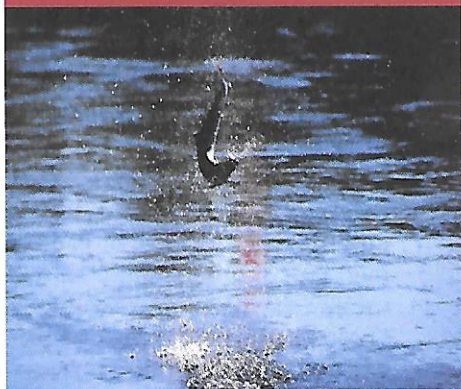
Después, convertir: anunciar el nombre del Señor de palabra y sobre todo con nuestras obras; las pequeñas obras de cada día hechas con amor, este amor que hemos recibido de Dios y que queremos compartir. Y finalmente, bautizar.

En un mundo en el que parece que Dios sobra, los cristianos hemos de testimoniar que vale la pena creer en Dios, que es la felicidad en mayúsculas y que da un sentido pleno a la vida. A lo mejor seremos como los salmones, y nadaremos a contracorriente, pero estos días celebramos la llamada a la misión, el don del Espíritu, nuestra humilde confesión en este Dios-amor-Trinidad y la importancia de la Eucaristía.

Animémonos y pidamos al Señor que nos ayude a subir un escalón más en nuestro camino hacia él, recordando aquellas palabras suyas: «Que todos sean uno».

JOSEP TEIXIDÓ

Ascensión del Señor / C
Domingo de Pentecostés / C
Santísima Trinidad / C
Cuerpo y Sangre de Cristo / C



EL SENTIDO ORIGINARIO DE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Últimamente se insiste en la adoración eucarística como práctica y solución pastoral ante el gran reto de la Iglesia de salir hacia fuera.

La misión fundamental de la Iglesia es la evangelización, hacer discípulos de Jesús a todos los pueblos (cf. Mt 28,19). Y como dice el Vaticano II: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (*Ad gentes* 2).

Pero no hay que olvidar que la propia Eucaristía es adoración al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. La tradición católica ha destacado siempre que la Eucaristía es la acción por medio de la cual Dios (Hijo encarnado, muerto, resucitado y sentado a la derecha del Padre) *adora a Dios* (Padre).

La Eucaristía suscita y manifiesta la unidad de la Iglesia; nos lo recuerdan los Padres de la Iglesia y el Concilio Vaticano II (cf. *Unitatis redintegratio* 2). Precisamente porque participamos del pan partido convirtiéndonos en un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo, y compartimos el mismo cáliz, la sangre de Cristo, sellando la alianza de Dios con la humanidad.

La Eucaristía es el *memorial de la Pascua de Cristo*, que se hace presente como don ofrecido a los humanos de todas las generaciones por medio de la fuerza del Espíritu Santo, perpetuando así el úni-



co y perfecto acto de culto agradable a Dios Padre.

El fiel, cuando comulga del Cuerpo y de la Sangre de Cristo —la manducación es verdadera adoración—, participa de la entrega de Jesucristo y se transforma en lo que recibe, y con el Amén, suscribe lo que se ha transformado: *Cuerpo de Cristo* (cf. AGUSTÍN, *Sermo*

272). En efecto, al acoger como alimento el don de Cristo y ofrecernos junto con Él por medio de la manducación de la hostia, el fiel participa de la entrega de Cristo por la multitud (cf. Mc 10,45; 14,23.24).

En la celebración de la Eucaristía *adoramos al Padre en Espíritu y en verdad* (Jn 4,23). La adoración cristiana consiste en participar del cuerpo de obediencia de Cristo y de su sangre de misericordia por medio del pan partido y del cáliz compartido (cf. 1Cor 10,16-17). La manducación manifiesta la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y nos hace participar y así forja la comunión eclesial.

No podemos adorar a Dios sin Dios, es decir, no podemos adorar al Padre si no estamos unidos al Hijo en la comunión del Espíritu. No podemos adorar a Dios si no estamos en comunión con Cristo y con los pobres y entre nosotros. Precisamente Cipriano de Cartago recuerda que «el sacrificio más grande para Dios es nuestra paz, la concordia entre los hermanos y ser un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíri-

tu Santo (*De oratione* 23). La Eucaristía es *compartir la unidad* por medio de la manducación del pan partido, el Cuerpo de Cristo.

Sin embargo, la práctica pastoral actual de la adoración eucarística corre el peligro de acentuar solo la adoración de Cristo substancialmente presente en la especie del pan consagrado. Y si no se va con cuidado, se podría olvidar que su significado originario y tradicional es adorar al Padre en Cristo y en el Espíritu Santo. Así, pues, el culto verdadero y agradable a Dios Padre (cf. Rom 12,1.2) consiste en reconocer, amar y seguir a su Hijo Jesús (cf. Jn 5,23; 14,1; 15,8-10).

La adoración estática y devocional del Pan santificado o consagrado debería ser propedéutica para la verdadera adoración del Padre en *Espíritu y en verdad*. En el culto eucarístico fuera de la misa debemos reconocer el *abajamiento del Hijo* (Fl 2,7) como enviado del Padre (Jn 5,23; 20,21), y convertirnos en lo que adoramos, es decir, amar hasta el extremo, ser buen pan partido para todos.

Hay que *recuperar la persona del Padre*. Entonces hay que acompañar a vivir y celebrar la Eucaristía como la gran adoración del Padre *por el Hijo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo*. Si san Agustín proponía contemplar al Padre como el *Amans* (el Amante), al Hijo como el *Amatus* (el Amado) y al Espíritu como el Amor (*De Trinitate* VIII, 10,14), ahora podríamos proponer, como lo hace el teólogo italiano Rossetti en el estudio en el que nos hemos inspirado,¹ el Padre como el *Adoratus* (el Adorado), el hijo como el *Adorans* (el que Adora) y el Espíritu como la *Adoratio* (Adoración).

Si consideramos este sentido originario y tradicional de la adoración eucarística, entonces seremos más conscientes de que la Eucaristía hace a la Iglesia, nos constituye en un solo cuerpo (1Cor 10,16-17), una unidad en la diversidad, y manifiesta la comunión trinitaria y nos hace partícipes de ella.

JAUME FONTBONA

1 Carlo Lorenzo ROSSETTI, «"Dieu adorant Dieu". Dall'adorazione eucaristica all'Eucaristia come adorazione del Padre», *Ecclesia Orans* 24 (2007) 63-98.

Renovación del Consejo de Redacción de MD

Coincidiendo con la celebración de los 50 años de Misa Dominical, hemos renovado su equipo de redacción. Los nuevos miembros que se incorporan son: Alberto Para, diácono (en camino hacia el presbiterado), director del secretariado diocesano de catequesis del arzobispado de Barcelona y estudiante del Instituto Superior de Liturgia de Barcelona; Emili Villegas, presbítero del obispado de Urgel, licenciado en liturgia por el Instituto San Anselmo de Roma; Carles Cahuana, presbítero y secretario general del obispado de Terrassa; y David Álvarez, presbítero del obispado de Barcelona y formador del Seminario. Junto con los recién incorporados, el resto del equipo está formado por Xavier Aymerich (director), Miquel Álvarez, Jaume Fontbona, Lluís Prat, Josep Teixidó, Josep Maria Romaguera, Francesc Romeu y Mercè Solé. Les agradecemos a todos ellos su servicio, y también a los que por diversos motivos han dejado de participar en las reuniones del consejo, aunque siguen colaborando en la publicación (Jordi Guàrdia, Josep Lligadas y Enric Termes).



UNA EXPERIENCIA COMUNITARIA

Un chico que está haciendo un postgrado en los Estados Unidos ha vuelto para pasar las vacaciones de Navidad con su familia. Hasta el curso pasado era miembro activo de un grupo de universitarios cristianos con los que se reunía regularmente. Recién llegado, fue a uno de los encuentros. Era de esperar que le pidieran que expusiera cómo le iba la experiencia de vivir en un país diferente:

Al bajar del avión, conocí a la familia que me acogería. Una familia católica en la que me siento uno más. Preciso lo de católica, porque aquella sociedad es bastante religiosa y es común y nada extraño manifestar la propia fe y la pertenencia a una confesión concreta. De la mano de mi nueva familia y desde el primer domingo, me integré en su parroquia, muy acogedora con los que se acercan. Me llama la atención que la participación de los laicos es muy activa. Yo me incorporé al grupo de música, donde toco la guitarra. También hay un coro, un grupo de Cáritas con iniciativa, unos grupos de estudio del evangelio, las catequesis, un grupo *scout*, un catecumenado, actividades para los mayores... Las celebraciones son muy participadas y vividas con intensidad. Desde que estoy allí, los viernes ya comienzo a tener ganas de ir a misa el domingo.

Además de las actividades más religiosas, se hacen también encuentros de amistad. He participado en algunas de jóvenes. Volviendo a las celebraciones religiosas, me impresiona especialmente el momento de rezar el credo que identifica lo que creemos y que, aquí y allí se expresa con las mismas palabras,



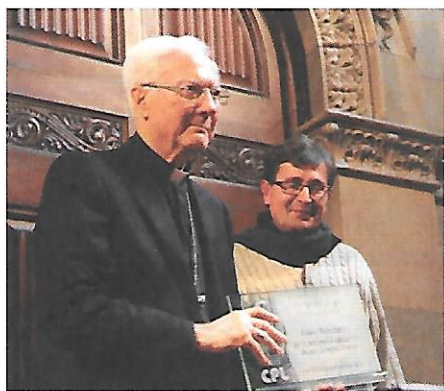
porque profesamos la misma fe. Esto es muy grande. «Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como una sola es la esperanza a la que Dios os ha llamado. Hay un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo; hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos» (Ef 4,4-6). Tienen también en mucha reverencia a los santos, considerados como referentes ejemplares que pueden inspirar nuestra vida y su día a día...

Da que pensar la exposición del joven y lleva a comparar las dos realidades. La parroquia es el espacio comunitario de los fieles, animado por un párroco que es el pastor de la comunidad. Los fieles se reúnen para vivir y celebrar su fe como comunidad, como pueblo de Dios que camina. Es, también, ámbito de formación y de práctica de la caridad. «Te pido que todos ellos estén unidos; que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21).

ENRIC PUIG

(Publicado en la Hoja Dominical de
Barcelona el 27 de enero de 2019)

EL CPL ENTREGA A PIERO MARINI EL MEMORIAL PERE TENA DE PASTORAL LITÚRGICA



El presidente del Centre de Pastoral Litúrgica (CPL), Josep Maria Romaguera, entregó el pasado 20 de marzo el galardón conmemorativo del V Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica a Mons. Piero Marini, arzobispo de Martirano y presidente de la Comisión Pontificia para los Congresos Eucarísticos Internacionales.

En el transcurso del acto celebrado en el Aula Magna del Seminario Conciliar de Barcelona, el padre claretano Juan María Canals, que fue Director del Secretariado Nacional de Liturgia y que vio reconocida su aportación a la recepción de la reforma litúrgica en la Iglesia española con el II Memorial Pere Tena, presentó al galardonado. El P. Canals subrayó el trabajo desempeñado por Mons. Marini, en el desarrollo de las directrices del Concilio Vaticano II junto a los grandes liturgistas conciliares, en su

tarea como maestro de ceremonias de las celebraciones papales, que visibilizaron de forma universal la reforma litúrgica, y en su labor como estudio de la liturgia que cristalizó en la creación de los tres *Ordines* promovidos por Marini: el *Ordo Exsequiarum Romani Pontificis* (para las exequias del Papa), el *Ordo Rituum Conclavis* (para la celebración del Cónclave) y el *Ordo Rituum pro Ministerii Petrini Initio Romae Episcopi* (para el inicio del pontificado). Siempre atendiendo a la sencillez, la belleza celebrativa y la participación de la asamblea.

Mons. Piero Marini, en su intervención, revivió su experiencia del proceso evolutivo de la liturgia papal a partir del Concilio Vaticano II sobre todo en el periodo que él protagonizó como maestro de ceremonias, desde 1987 a 2007. Inició su intervención con una llamada urgente para «que la celebración de la liturgia vuelva a estar en el centro de atención y de la vida de la Iglesia», ya que es el alimento espiritual de nuestro cristianismo. En su repaso a la historia de la reforma de las celebraciones litúrgicas papales señaló dos etapas claramente definidas: de 1965 hasta la segunda mitad de los años ochenta, como periodo de la simplificación de ritos pontificios y de finales de los ochenta a 2007, como periodo de estudio

científico y de enriquecimiento de textos y ritos con un significativo retorno a las fuentes y con la inserción de textos y de signos más propios y convenientes a la liturgia papal.

El acto de entrega del V Memorial Pere Tena concluyó con el rezo de Vísperas en la capilla del Seminario Conciliar de Barcelona.

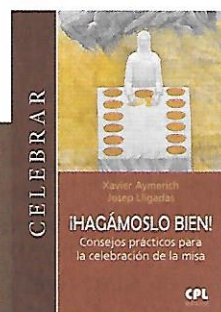
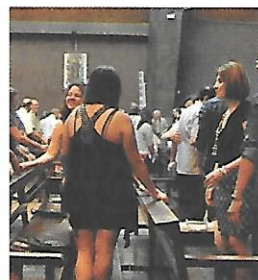
¡HAGÁMOSLO BIEN!

«ITE, MISSA EST»

He aquí la expresión con la que acaba la misa en latín, y que permanece todavía en el subconsciente de muchas personas. Y es que, al igual que decíamos en otro «hagámoslo bien» que era muy importante el inicio, también lo es la conclusión.

Los ritos finales o de conclusión, después de la oración después de la comunión, son: los avisos o noticias de la comunidad (si son necesarios, y deben ser breves); el saludo y la bendición del sacerdote, que a veces se enriquece con una fórmula solemne o con una oración sobre el pueblo; y la despedida del pueblo por parte del presbítero o diácono. Esta despedida es importante, puesto que pretende «que cada uno regrese a sus honestos quehaceres alabando y bendiciendo a Dios» (IGMR, núm. 90).

La fórmula más habitual es «Podéis ir en paz», pero hay otras que, antes de «podéis ir en paz», expresan muy significativamente el sentido de esta despedida: «La alegría del Señor sea nuestra fuerza», «Glorificad al Señor con vuestra vida», «Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado». Que así sea, pues, y hagámoslo bien.



Cerramos hoy esta sección. Ofrecemos la recopilación de todos sus artículos en esta pequeña publicación que se hizo para celebrar los 50 años de Misa Dominical. 7,00 €.

Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

Reconocer los límites



Como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas; o bien a decirle al Señor humildemente: «Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras».

En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el

Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras (*Gaudete et exsultate* 49-50).

La humildad, por la cual no nos concedemos a nosotros sino a Dios el mérito de aquello de bueno que hacemos, no solo es lucha contra la voluntad de apoderarnos del designio de Dios, sino que nos ayuda también a superar que nos creamos superiores a los demás. Es bueno que el Papa diga que «la gracia actúa históricamente». Sí, cada uno de nosotros tiene su propia historia, su currículum cristiano, y hay que progresar en él adecuadamente.

COMUNICACIÓN

La pasada Cuaresma, a propósito del evangelio en el que Jesús libera de la condena y de la muerte a una mujer «sorprendida en adulterio», al mismo tiempo que libera a «los escribas y los fariseos» de cometer un hecho irreparable, animé a la comunidad parroquial a ayunar: ayuno de palabras vacías, de palabras sin fundamento. Me fijaba en el hecho de que Jesús, ante el ruido de la condena a la mujer y ante la trampa que a él mismo le ponen, guarda silencio. Un silencio que contrasta con el ruido. Un silencio que, con una sencilla y clara interpelación («El que esté sin pecado que tire la primera piedra»), ayuda a reflexionar, a razonar, a actuar con coherencia.

En nuestro mundo se produce mucho ruido. Hay decibelios excesivos que deterioran el ambiente. Pero lo peor son los excesos verbales en nuestras relaciones y en el mundo de la comunicación. Decimos muchas palabras fruto de sensaciones y de prejuicios, que no están sostenidas por ningún argumento. Las redes de comunicación masiva, al alcance de cualquier persona, vehiculan

mensajes de todas clases. Y no se distingue la verdad del engaño. Y es «doctrina» asumida que si no quieres pasar por muerto, debes ir publicando lo que sea, has de «charlar» (verbo que el diccionario define como «hablar mucho, sin sustancia o fuera de propósito»).

La Cuaresma nos llevó a la Pascua, que hemos estado celebrando hasta estos días. No sé si alguien habrá practicado el ayuno de palabras. Y, si alguien lo ha hecho, si le habrá servido para adoptar el hábito de hablar solo para hacer el bien. En cualquier caso, la Pascua es el origen de la misión de la Iglesia y de cada uno de sus miembros. Y la misión, entre otras cosas, pasa por el uso de la palabra para hacer llegar la Palabra que es Cristo a todos. No deberíamos olvidar, pues, su estilo. Él no es una palabra vacía. Es Bendición.

No deberíamos olvidar aquella mañana del primer Domingo, silencioso, en el que las mujeres encontraron el sepulcro. Seamos buenos misioneros, con el silencio y con la Palabra.

JOSEP MARIA ROMAGUERA

Centre de Pastoral Litúrgica

☐ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LI

Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975

APRENDER A VIVIR LA LITURGIA

ENTREVISTA A PIERO MARINI

Glòria Barrete (publicada en *Catalunya Religió* el 22 de marzo de 2019)



El hombre fuerte de la liturgia en el Vaticano, Piero Marini, arzobispo de Martirano y presidente de la Comisión Pontificia para los Congresos Eucarísticos Internacionales, acaba de recibir el V Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica. Hemos hablado con él sobre liturgia e Iglesia.

¿Cuál debería ser el papel de la liturgia hoy?

Para un cristiano la liturgia lo es todo. Pensemos de qué manera un no creyente se convierte en cristiano. La liturgia es la iniciación de la vida cristiana con el bautismo, por ejemplo, posteriormente con la confirmación, y después con la Eucaristía. En los primeros siglos estos tres ritos eran un único

sacramento. Uno recibía el bautismo en el baptisterio, fuera de la iglesia, a continuación recibía la confirmación y seguidamente la Eucaristía. Era este el inicio de la vida cristiana. Después lo hemos cortado y segmentado, pero sigue siendo la manera de ser cristianos hoy. La liturgia enseña cómo ser cristiano hoy, enseña la espiritualidad y la fe cristiana.

Interpreto, pues que es vital para la Iglesia

Es vital, claro, porque cada domingo estamos invitados a participar de la Eucaristía para extraer la fuerza del testimonio. El verdadero sacramento del testimonio es la Eucaristía; escuchamos la Palabra, participamos con la comuni-

dad de la mesa del Señor, y después salimos al mundo.

¿Y cree que la Iglesia ha potenciado la liturgia?

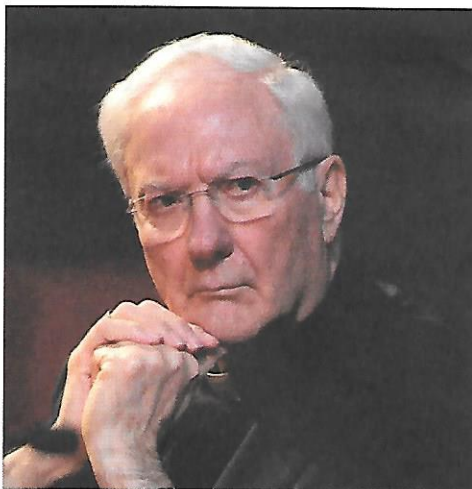
La Iglesia la ha potenciado a partir del Concilio Vaticano II porque fue la primera vez en toda la historia de la Iglesia en que un Concilio hablaba de liturgia, poniendo así la liturgia en el centro, en el primer lugar en la Iglesia. El primer punto de la *Sacrosanctum Concilium*, documento sobre la liturgia, dice que hay que hacer crecer la fe en el Pueblo de Dios; que hemos de llamar a la unidad a los hermanos que están fuera; que debemos anunciar el Evangelio a todos... Por eso se hace la reforma de la liturgia. Entonces, si uno quiere hacer crecer su fe, desea el ecumenismo o quiere el diálogo con el mundo, debe comenzar por la liturgia.

Usted afirma que la reforma de la liturgia que se hizo en el Concilio Vaticano II todavía no se ha aplicado al cien por cien

Exacto, aunque pienso que del todo no llegará aplicarse nunca. Hoy vivimos un período difícil porque si nos fijamos en las preocupaciones de la Iglesia, ¿cuáles son los grandes problemas? La familia, los jóvenes, la sexualidad... Y ¿cuál es el espíritu cristiano que proponemos a los jóvenes, a los pobres, a las familias? Ninguno. Si uno no sale ya con una formación que da la liturgia, que enseña la escuela de la vida, los problemas no se resuelven.

La liturgia para mucha gente es sinónimo de rito exclusivamente. ¿Es algo más?

En la liturgia hay dos lenguajes, el lenguaje de la palabra y el lenguaje no



verbal. Se leen cartas, se lee el Evangelio, este es el lenguaje verbal. En el Evangelio hay un pasaje en el que los evangelistas dicen que había una mujer que había oído hablar de Jesús; ella estaba enferma y se había gastado todo el dinero en médicos; Jesús pasaba por allí y cuando la mujer ve a Jesús, dice que si consigue tocar su manto se curará y salvará. Se pone allí, con la gente, hasta que toca el manto de Jesús. Jesús pregunta: ¿quién me ha tocado? Había mucha gente, ¿había sido tal vez algún apóstol? Pero Jesús insiste en la pregunta: ¿quién me ha tocado? Hasta que la mujer sale, se pone delante de Jesús y le dice: «He sido yo». Por una parte la liturgia es tocar algo, un signo, no una palabra. Y por otra parte, la liturgia no es algo privado, es una cosa pública, con la comunidad. El Señor pregunta «¿quién me ha tocado?», y la mujer ha tenido que hacer su profesión de fe ante todos para obtener la salvación. La liturgia es eso, el Evangelio que vivimos en el momento en el que vamos a misa, o durante los sacramentos, es tocar a Jesús.

Este tocar, la liturgia en definitiva, ¿es algo exclusivo de sacerdotes o es para todo el mundo?

¿Quiénes son los sacerdotes? ¿Cuál es la tarea del sacerdote en la comunidad? Tiene dos tareas. La primera tarea es servir a la comunidad. No es crear lazos entre Dios y ellos, están allí para servir a la comunidad porque la comunidad necesita de alguien que la guíe. La segunda tarea es representar en los signos a Cristo presente en la comunidad. Cristo no se ve, pero cuando el sacerdote preside nos recuerda que es Él quien realmente preside en realidad. La comunidad vive la liturgia, el sacerdote no es una persona más orante que un fiel, no es su tarea. Su tarea es enseñar a la comunidad a rezar juntos, pero no debe ser más que un laico. Son cosas ideales, pero deben ser así.

En muchas parroquias hay equipos dedicados a la liturgia. ¿Debería haber un equipo en cada una?

No creo que deba ser obligatorio, pero es bueno para animar la liturgia. Siempre hay la necesidad de hacer las cosas bien. La liturgia también tiene una estética, una belleza, que es también un signo. La gente, si va a misa, debe ir con ganas, con entusiasmo. ¡Hay tantas cosas que pueden favorecer esta presencia de Dios!: el ambiente, un espacio acogedor, que esté todo bien preparado, con flores, con música... Son cosas que solo un equipo de liturgia puede organizar.

Pero la liturgia no es solo preparar cantos y lecturas...

Preparar es necesario pero no es lo más importante. Lo más importante es vivirlo,

hacerlo juntos en comunidad, eso es la liturgia, vivirla de verdad. Dios me convoca a la Eucaristía, por ejemplo, no me convoca el sacerdote, y es imprescindible mi predisposición para conectar con lo que allí ocurre. Todos los ritos cuentan con ministerios, con servicios, como el ministro de la comunión, o los lectores. Hay muchos actores en la liturgia, y el primero de ellos somos nosotros, cada uno de nosotros, yendo a misa.

¿Cómo transforma la liturgia a las personas?

Es una acción exterior e interior a la vez. ¿Cómo ha transformado Jesús a aquella mujer del pasaje bíblico? Son cosas que solo Dios sabe, pero la liturgia te garantiza que tú puedes tocar en aquel momento al Señor y que es una gracia para ti hacerlo.

Muchos signos y ritos son desconocidos para las nuevas generaciones...

La Iglesia debería enseñar bien la liturgia en los seminarios. ¿Qué aprenden los seminaristas cuando se hacen sacerdotes? Dos años de filosofía, tal vez, ¿para qué? Después salen y no saben ciertas cosas, ni celebrar misa. Conozco el problema pero no sé resolverlo. Deberíamos comenzar allí y después ofrecer una formación concreta. Las homilías, por ejemplo, no son fáciles. Si uno no la prepara, ¡mejor quedarse en silencio! Por lo menos no haces daño. La liturgia hoy no es fácil.

¿Aquí concretamente o en todo el mundo?

En todo el mundo. Hay lugares donde es más fácil, pero tampoco tanto. Cuando

yo era pequeño a la misa dominical iba todo el pueblo. Todos iban a la Iglesia, creyentes y no creyentes. Se ponían el traje de domingo e iban. Las mujeres entraban dentro y la mayoría de hombres se quedaban fuera, junto a un muro, hablando de sus cosas. Cuando oían las campanillas se quitaban el sombrero y después continuaban charlando como antes. Cuando las primeras mujeres salían de la iglesia volvían a casa. Aquella era la misa de la época. ¿Qué clase de misa era? La participación era de respeto fundamental porque todos se sentían cristianos y era lo único que se podía hacer en domingo. No estaba del todo mal, pero como calidad de la participación de la liturgia merecía un cero. ¿Cómo transformar esto? El Concilio nos ha dado muchas indicaciones. Debemos aprender a vivir la liturgia y no acabamos nunca de vivirla en su plenitud.

¿Una dificultad es asociar liturgia con conservadurismo eclesial?

En liturgia no existe esta división entre conservadurismo y modernidad. La liturgia es la que nos presenta la Iglesia. El Concilio ha hecho una reforma de la liturgia que antes no se podía hacer. El Concilio nos ha presentado una liturgia abierta, teniendo en cuenta todo el recorrido histórico que ha hecho la liturgia durante los siglos. Y nos ha dicho que no debemos pensar que la liturgia de nuestros padres fuera la perfecta, ya que no hay un período en la historia en el que haya una liturgia perfecta. Hoy hemos llegado hasta aquí con más preparación y formación y se

ha hecho esta reforma litúrgica que es el cambio más grande que se ha producido en la Iglesia en la liturgia desde el principio hasta hoy.

¿Y aquella liturgia del Concilio es la que se vive hoy en las parroquias?

En la liturgia hay participación del intelecto pero también del corazón. Hemos de conocer lo que hacemos, los signos deben ser comprensibles, pero también deben llegar al corazón, a los sentimientos. La participación es activa también con el cuerpo, hay que participar con el cuerpo y con el corazón. Al final, la responsabilidad de la liturgia que se hace y se vive en las parroquias no es responsabilidad del Papa sino del obispo de la diócesis, que debe decir a sus sacerdotes que la liturgia es la manera de vivir el ser cristiano, y eso no siempre lo encontramos. En una parroquia si las cosas no van bien o no se hacen correctamente hay que decirlo al cura. Con amabilidad, pero hay que decirlo. Pero ¿quién lo hace? Nadie. Hemos superado ya la liturgia clerical. El misal de Pío V dice que la misa comienza «cuando el sacerdote sale vestido, junto con el monaguillo». El misal de Pablo VI dice que la misa comienza «cuando la comunidad está reunida». Es un cambio importante. Antes, la liturgia era celebrada solo por uno, el sacerdote, ahora ya no, gracias al Concilio Vaticano II.

